

LO TREMENDO Y LO FASCINANTE: UNA CARACTERIZACIÓN DE LAS EMOCIONES PENTECOSTALES

Ángel Espinar Álvarez*

Los estudios realizados sobre religión se caracterizan por el lugar que han atribuido a las diferentes dimensiones del hecho religioso: creencias, ritos, organización, ética y emoción, siendo esta última dimensión casi no estudiada. Sobre el pentecostalismo peruano son pocos los estudios realizados hasta el momento, los cuales insisten en la descripción y análisis de los ritos y la organización (cfr. Kapsoli, 1994; Hernández, 1994). Si bien es cierto que la mayoría de los estudios sobre pentecostalismo afirman que el componente emocional es el rasgo que más caracteriza estas iglesias por su carácter entusiástico,¹ no se ha llegado a efectuar una investigación sobre la morfología de las emociones pentecostales. Un trabajo de reciente publicación en el Brasil del sociólogo peruano Paulo Rivera Barrera (2001), *Tradição, transmissão e emoção religiosa. Sociologia do protestantismo contemporâneo na América Latina*, analiza los procesos de transmisión religiosa en las iglesias pentecostales brasileñas “Dios es Amor”, e incluye en su estudio dos iglesias pentecostales peruanas. Aludiremos más adelante a esta obra, para confrontar el análisis resultante de las emociones religiosas presentes en las experiencias religiosas de los fieles pentecostales.

-
- Estudiante de Maestría en Antropología, Pontificia Universidad Católica del Perú.
E-mail: angelespinar@terra.com.pe

¹ Harold Hernández (1999) en su estudio sobre la Iglesia Pentecostal “Dios es Amor”, analiza la espiritualidad pentecostal y las razones psicosociales de la conversión, y señala que el proceso de conversión comporta cuatro dimensiones: puritana, demonista, entusiástica y fundamentalista. La primera supone entender que el mundo está invadido por el mal. El demonismo consiste en entender que la causa de todo mal (enfermedad, problemas, etc.) es el diablo y sus demonios. La dimensión entusiástica es el elemento medular del pentecostalismo y el fundamentalismo es su sustento complementario.

Lo que caracteriza a la religión pentecostal es el conjunto de emociones² suscitadas en los fieles y que se manifiestan en todos los aspectos de la vida y la práctica pentecostal. Aunque las otras dimensiones del hecho religioso sean importantes y tengan un peso en la configuración de la identidad pentecostal, son los rasgos emocionales los que determinan la conciencia de la identidad del converso pentecostal, ya que están presentes desde el inicio del proceso de conversión como constatación de la presencia e intervención divina en la vida del fiel. En otras palabras, la identidad del converso radica en la conciencia de *sentirse* salvado.

A partir de los testimonios de los fieles hacemos una taxonomía de las emociones pentecostales, y tratamos de describir y clasificar estos sentimientos a partir de sus manifestaciones culturales, es decir, la peculiaridad de las emociones pentecostales. La taxonomía intenta presentar las emociones pentecostales en sus siguientes aspectos: descripción, surgimiento, duración, causalidad y efectos. El trabajo de identificación de los sentimientos requiere una observación fina en los contextos en los que éstos se desarrollan, y la interpretación de las representaciones que hacen los fieles de su propia experiencia emocional.

1. Lo tremendo y fascinante de la experiencia religiosa

Dos rasgos del sentimiento religioso que Otto (1917) encuentra presente en todas las religiones y que constituyen una disposición del ánimo con tonalidades distinguibles, también están presentes en la experiencia religiosa de los fieles pentecostales. Dios es sentido como alguien que por su poder y majestad provoca temor reverencial ante alguien que se siente limitado y

² Aunque algunos autores distinguen entre emociones y sentimientos por su duración, como el Diccionario de los sentimientos de Marina y López (1999), para quienes la emoción es un tipo de sentimiento breve, de aparición normalmente abrupta y con alteraciones físicas perceptibles (agitación, palpitación, rubor, etc.). Nosotros usamos aquí sentimiento y emoción indistintamente.

pecador y, al mismo tiempo, es un Dios buscado, que atrae al ser experimentado como aquél que libera y sana.

El rasgo del sentimiento *tremens* manifestado como temor, energía y humildad o nulidad, y el del sentimiento *fascinans*, manifestado como beatitud y esperanza tienen un carácter irracional, es decir, no son producto de la reflexión que hace el fiel o el resultado de alguna consideración religiosa o teológica. Los sentimientos son tremendos y fascinantes porque aprehenden el ánimo del creyente y le dan una áurea de realismo a la experiencia religiosa. Con esto queremos destacar que la experiencia religiosa de los fieles pentecostales está marcada por una tonalidad emocional, más que por procesos de reflexión o, al menos, estos están menos presentes. Este carácter genuino de las emociones pentecostales se manifiesta con mayor intensidad si tomamos en cuenta que la mayoría de fieles provienen del catolicismo popular, marcados por una religiosidad basada en símbolos visibles que hacen de lo religioso una vivencia en términos de sensibilidad y emociones; además, fieles que por su grado de instrucción y extracción rural poseen una racionalidad más intuitiva que lógica y discursiva.

La experiencia de los fieles pentecostales demuestra que los sentimientos religiosos se caracterizan en general como sentimientos tremendos y fascinantes. El siguiente testimonio de una mujer que narra su experiencia de entrega a Dios o conversión, nos muestra la tonalidad tremenda y fascinante de sus sentimientos; lo tremendo como sentirse pecadora ante Dios, y lo fascinante como el sentir necesidad de él por los beneficios que da:

“Cuando yo me entregué, me sentía como pecadora. En la oración, el Señor me hizo sentir algunas cosas, me sentía pecadora ante el Señor. También sentía una necesidad de él; el amor y la paz que Dios da, nadie puede darlo aquí en la tierra, ni el primer amor, nadie, nadie, nadie lo puede cubrir. De Dios me vino una paz profunda, es como agua, un duchazo que te da, te deja libre. A veces estaba con preocupaciones, tensa, que quería desfogar. Todo eso se fue, automáticamente se fue”.

Es sabido que los sentimientos no son preculturales (Rosaldo, 1980; Lutz, 1988), y se aprenden a partir de las experiencias en las interacciones humanas. Del mismo modo sucede con los sentimientos religiosos, estos integran la vida del creyente por su participación en una comunidad que comparte una forma de sentir las cosas de Dios o a Dios mismo. Los sentimientos religiosos se pueden generalizar, como lo hace Otto (1917), pero éstos se manifiestan con los matices culturales del sistema religioso particular. En ese sentido, los pentecostales forman, tomando la expresión de Weber, una comunidad emocional, donde los fieles incorporan hábitos que incluyen no sólo la internalización de prácticas sino también de sentimientos “institucionalizados” en el culto pentecostal. Lo tremendo y fascinante es aprendido en el culto pentecostal.

Otro modo de experimentarse lo numinoso y que vendría a constituir el misterio, –tercer aspecto de lo numinoso–, es el sentimiento de asombro provocado en el ánimo del fiel. Dios es experimentado como alguien misterioso y poderoso, alguien que toca el interior del creyente y logra estremecerlo con su sola presencia. Todos los fieles pentecostales han experimentado lo numinoso en su energía, a través de emociones súbitas e intensas, que en el culto se manifiestan como entusiasmo colectivo. En la oración personal la mayoría de fieles ha tenido la sensación intensa de sentirse abrazado, tocado, incluso curado de la enfermedad por la intervención divina. La experiencia espiritual de los fieles pentecostales presenta generalmente una manifestación corporal, donde los sentimientos por su intensidad se expresan físicamente en convulsiones, agitaciones o calor interno.

Hemos señalado cómo los sentimientos religiosos caracterizados por Otto (1917) están presentes en la experiencia pentecostal, pero estos tienen una manifestación cultural por el hecho de generarse al interior de un sistema religioso particular en el que participa el fiel. Vamos a describir estos sentimientos, luego analizar las fuentes que los generaron, y finalmente discutir la relevancia de estos en la configuración de la identidad pentecostal.

2. Una etnografía de las emociones pentecostales

A continuación describimos las emociones peculiares del sistema pentecostal, todas ellas contienen los aspectos del sentimiento numinoso caracterizado por Otto (1917), pero expresan la singularidad del pentecostalismo, incluso de la socialización religiosa y cultural de la que provienen los fieles. El trabajo de campo lo realizamos entre las iglesias pentecostales pertenecientes a la Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú- Ayacucho (IEPA).

a. El sentimiento de liberación: “Quitando las cargas”

El sentimiento de liberación del pecado es la emoción que se presenta con mayor intensidad y frecuencia en la experiencia religiosa de los pentecostales. Liberarse significa quitarse las “cargas” o “paquetes”, por eso consideramos que se trata del primer sentimiento pentecostal, ya que éste se produce en el proceso inicial de la conversión y en la entrega a la iglesia. Posteriormente, este sentimiento se manifiesta en los momentos de oración personal del fiel y en los cultos de oración donde se pide constantemente perdón al Señor en una especie de confesión directa en la que reconocen sus pecados y los males que le aquejan para sentirse liberados.

Cuando se trata de la oración de los fieles que ya se han entregado a la iglesia, el sentimiento de liberación viene precedido de sentimientos de alegría por el agradecimiento de los beneficios recibidos. Después de las alabanzas y el agradecimiento, sigue la confesión de los pecados y la petición de perdón. Este sentimiento cesa cuando el fiel experimenta el alivio de la conciencia de sus problemas y comienza a experimentar paz, gozo y alegría. Los fieles que ya tienen experiencia de oración señalan que esta liberación la experimentan inmediatamente después que comienzan la oración, como ellos mismos señalan: *“Tú colocas tus problemas al Señor, y él automáticamente te da paz”*.

En ese sentido este sentimiento de liberación del pecado implica una secuencia de dos sentimientos: sentirse pecador y sentirse perdonado. En

primer lugar, el fiel tiene la sensación de cargar el peso de sus culpas³ por una vida sin sentido, inocua, limitada y sufriente. En segundo lugar, esta liberación significa una descarga, en el sentido de colocar *ante* y *en* Dios el peso de los problemas o culpas, y que una vez libre de esos pesos, el fiel experimenta paz, alegría intensa, lágrimas, tranquilidad, incluso soltura física como si el peso de la vida anterior hubiese sido un peso literalmente hablando, que impedía movilizarse o emprender algo. Los siguientes testimonios nos muestran esta gama de emociones que implica la liberación de las cargas:

“Cuando me he entregado parece que algo, una carga pesada que tenía, se me había ido por completo, y sentí alegría, una paz profunda, sentía que algo me ayudaba, me daba fuerzas, y me daba ganas de alabar. Yo tenía problemas, sentía dolor de cabeza, pesadez, parecía que el Señor me había quitado como un bulto, y me sentí alegre, con ganas de trabajar, con ganas de hacer cualquier cosa. Parecía que yo estaba llevando una carga encima, y no podía ni caminar” (mujer, primaria, 47 años). (el subrayado es nuestro)

La causalidad del sentimiento de liberación es evidente en los testimonios referidos y que en otro momento hemos analizado son motivo de la conversión. La vida que llevaba el fiel antes de su conversión es leída desde la óptica pentecostal como una vida marcada por el pecado⁴ y el sufrimiento

³ En el catolicismo popular también está presente este sentimiento de culpa por los pecados y que se asocia a una “lectura religiosa” de las desgracias, de ahí que pagar una promesa implique en cierta forma una liberación de las culpas. En el ámbito evangélico y pentecostal está más acentuada esta dimensión culposa por la prédica moralista y por la necesidad de poner al fiel en un horizonte de comprensión e interpretación de su propia vida como presa del pecado y del diablo, que hace que su única salida sea el arrepentimiento para alcanzar el perdón de Dios.

⁴ Hernández (1999) también describe este proceso de conversión en su dimensión puritano-demonista para el caso de la Iglesia Pentecostal “Dios es Amor”. Según Hernández la IPDA ritualiza el reconocimiento de la situación de pecado del converso, para esto la iglesia busca asimilar la situación del individuo al mal que padece y a una acción directa del demonio. El drama consiste en una lucha del individuo contra la fuente de sus propios impulsos, el demonio, y que al tomar conciencia de que existe, éste se le presenta. En esta lucha el individuo recurre a la ayuda de Dios, quien se le revela y con esto confirma que Dios está con

interpretado como consecuencia del mal causado por el demonio, por eso la liberación urge el arrepentimiento para que la intervención de Dios libere de las ataduras y opresiones. De ahí que sus efectos espirituales lleven al fiel a reconocer la acción divina en su vida, le devuelvan la confianza o la fe de que sólo Dios puede liberar del mal, del pecado y de las consecuencias que trae consigo. Es importante la manifestación corporal de este sentimiento, ya que muchos de los fieles han experimentado no sólo una liberación espiritual sino también física, y que se manifiesta como levedad, agilidad corporal, o sanación de alguna enfermedad.

El cambio emocional experimentado en la entrega y en el reconocimiento de la condición de pecador hace que el converso, no sólo se sienta liberado de sus ataduras o sus cargas, sino también que experimente una apertura o “acceso” a Dios que da la seguridad y confianza que efectivamente él va a solucionar los problemas. Una esperanza o certeza anticipada de la intervención divina para salir de las situaciones conflictivas o difíciles. Esta tónica emocional es un rasgo característico en todos los pentecostales, de ahí que sea un sentimiento que acompañe las peticiones de perdón o la confesión de los pecados para conseguir este “acceso” a los beneficios de Dios. Más adelante volveremos a hablar de este sentimiento.

La oración presenta dos dimensiones vitales: primero, pone en relación los aspectos existenciales de la vida del converso, sobre todo aquellos que constituyen sufrimiento, pecado o enfermedad, con el abandono confiado en Dios o en Cristo que por su poder sana, perdona y resuelve los problemas. La oración personal y colectiva es el medio que asegura esta relación. Segundo, la certeza como disposición de fe es también confianza en la palabra de Cristo, lo cual se traduce en una seguridad basada en la palabra escrita en la Biblia, por eso cuando se ora uno acude a las Escrituras para encontrar los textos que indiquen directamente las situaciones a seguir o a esperar.

él. Con esta ritualización, el individuo logra liberarse de las cargas que no podía dominar por sí solo.

“En relación a Dios y en relación a lo que uno tiene, los paquetes básicamente. Por ejemplo, si tenemos cargas, no tengo otro recurso, ilustrado por la palabra puedo acudir a Dios, le voy contando como si fuese a un médico o un psicólogo, le voy contando detalladamente los asuntos que tengo, y experimentando las descargas, y en el momento que dices amén, es como si toda la carga se te quitase, pero con un conocimiento y certeza que Dios ha escuchado y escucha nuestra oración, cosa que no puede haber cuando uno va a un médico, vamos a ver si sucede, hay probabilidades, pero en Cristo y por su palabra no hay esas probabilidades, desaparecen, es 100% la seguridad de que Dios va a obrar, no sólo por uno, sé que la preocupación no es por nosotros mismos, muchas veces decimos en la iglesia, hermanos y qué hago por ellos, no estoy haciendo nada; amigos que de repente retroceden, que se van al mundo, pierden bendiciones de Dios, sabemos que eso sucede, nos preocupan, no oramos por esas personas. Cuando uno lo pone en las manos de Dios, como que ya ese peso lo tiene Dios, no llega a incomodar”. (subrayado nuestro)

Terminamos este primer rasgo de las emociones pentecostales, a la que hemos dedicado bastante espacio por ser la más importante en la experiencia de los fieles, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de ellos que participan en la iglesia llevan consigo una variedad de problemas que les ocasionan sufrimiento y limitación en el desarrollo de sus vidas. La oración constituye un medio catárquico para descargar estos problemas. La oración y el culto movilizan emociones en una doble polaridad: sufrimiento-alegría; culpa-arrepentimiento; desánimo-ánimo; pesadumbre-levedad; turbación-paz; angustia-liberación. Muchos de estos sentimientos que los fieles pentecostales han experimentado no sólo tienen una tónica emocional-afectiva, sino también un componente somático que implica la conmoción corporal. Creemos que muchas de las sanaciones producidas constituyen una solución simbólica o al menos un remedio paliativo a las aflicciones corporales o las enfermedades, ya

que éstas pueden haber sido generadas por el cúmulo de una historia vital marcada por el sufrimiento en todos los órdenes.

b. El sentimiento de entusiasmo: “Sentí el poder, la fuerza de Dios para cambiar”

El sentimiento de entusiasmo lo consideramos como una experiencia de éxtasis que viven los fieles en los momentos de oración personal y sobre todo colectiva, y cuando reciben, lo que ellos denominan, el bautismo del Espíritu. El éxtasis significa etimológicamente “estar fuera de sí”, y es considerada como una experiencia religiosa extraordinaria, aunque en el caso pentecostal constituye una práctica habitual. Generalmente el éxtasis ha sido considerado como un momento de la experiencia mística, aunque juzgamos que la experiencia religiosa pentecostal no llega a ser totalmente una experiencia mística, comparte algunos aspectos de ésta, especialmente la dimensión fruitiva, por los intensos sentimientos que la acompañan. Tomamos la descripción del éxtasis que hace Martín Velasco en su reciente obra: *El fenómeno místico. Estudio comparado* (2000), quien distingue dos elementos en el éxtasis:

“El primero, exterior, ‘negativo’, identificable como ‘trance extático’, consiste en un estado somático anormal que comprende como rasgos más importantes: alienación más o menos completa de los sentidos, inhibición de la actividad motriz, del habla, de los gestos, acompañado de ralentización del ritmo de la respiración y del pulso, de disminución del calor vital, de la suspensión de las facultades, y abolición más o menos de la conciencia empírica. Positivamente, el éxtasis consiste en una intensa concentración de la mente, la imaginación o la afectividad en un objeto único” (2000: 399).

El pentecostalismo es una religión entusiástica por el éxtasis habitual que experimentan los fieles durante el culto, aunque lo entusiástico no se

refiere únicamente al éxtasis sino a la experiencia emocional intensa durante la oración y el culto. Según los mismos fieles ellos están poseídos por el Espíritu y entran en trance, una especie de estado alterado de la conciencia, con una fuerte liberación de emociones de alegría, gozo y paz, llegando a hablar en lenguas. Consideramos que esta experiencia entusiástica es socialmente construida por el sistema pentecostal sobre la base de las disposiciones emocionales de los fieles e inducidas por aprendizaje. El sentimiento de entusiasmo posee una energía tal, que se experimenta con una intensidad abrasadora y desbordante que hace que los fieles exclamen espontáneamente, durante la oración, palabras de agradecimiento, alabanza, peticiones y lamentos. La expresividad corporal durante los cultos de oración es notable.

Los momentos de oración durante los cultos son bastantes intensos, se crea un clima colectivo de aclamaciones, llantos, gemidos, balbuceos –algunos oran en lenguas– que termina envolviendo a todos los presentes. Es como un "murmullo de voces" que aumenta en intensidad cuando el pastor que dirige la oración aclama con más fuerza e impreca para expulsar a los demonios y para reconocer quién es Dios en la vida del fiel. Ya hemos descrito que los que oran se colocan de rodillas hacia las paredes del templo, la mayoría con las manos en lo alto y batiendo las palmas en forma agitada hacen imploraciones, repiten una serie de invocaciones mencionando a Dios, a Jesucristo y al Espíritu Santo. Una recién convertida del catolicismo, no habituada todavía a esta forma de orar decía que le incomodaba ese modo de orar al inicio: *“cuando estamos en ayuno, a veces oran fuerte y eso es lo que me incomoda, rezan muy fuerte y gritan”*.

Como ya hemos descrito, el sentimiento de entusiasmo se manifiesta sobre todo en el culto dedicado a la oración, en los momentos de vigilia y ayuno espiritual, los cuales también son reuniones de oración intensa. Por los testimonios de los fieles, este sentimiento se origina en un momento inesperado, pero surge generalmente, en el contexto de una oración colectiva intensa, donde se mencionan repetidamente palabras de aclamación a Dios, a Jesucristo y al Espíritu Santo, hasta llegar sólo a balbucear palabras –señal de haber pasado a un estado alterado de conciencia–, se gesticulan los brazos y

las manos en señal de invocación. Hay muchos casos, donde los fieles inducen la entrada a este estado. La duración de este sentimiento, puede decirse que es breve cuando se ha producido una alteración de la conciencia, pero la manifestación frutiva no cesa y se prolonga aun después de la oración.

El bautismo del Espíritu es la experiencia religiosa más intensa y deseada por los pentecostales. Si hay algo que llega a definir la identidad de un fiel pentecostal es el ser un bautizado en el Espíritu. Como relata el testimonio que voy a transcribir enseguida, no existe un momento especial para ser bautizado por el Espíritu, ni una preparación específica para que se produzca tal experiencia, pero sí se cree que Dios va preparando al fiel para sentirlo, y el fiel ansía llegar a recibirlo. El bautismo del Espíritu es una experiencia extática donde se experimentan de modo intenso, según el testimonio de los pentecostales, no sólo sentimientos religiosos que inspira la acción del Espíritu, sino también experiencias sensibles que tienen aspectos corporales o somáticos. En la mayoría de los testimonios los fieles dicen haber tenido sensaciones que van desde el calor corporal, una especie de fuego interior hasta el estremecimiento total del cuerpo. Para los pentecostales esta sensación corporal representa la prueba y certeza de la presencia de Dios, manifestada muchas veces a través de "sentirse tocado por Dios". Acompaña a este sentimiento inicial, sentimientos de gozo, alegría intensa, contentamiento, impulso para actuar, etc.

La "energía" de los sentimientos religiosos se manifiesta también a través de sensaciones corporales: calor, sudoración, frío, palpitación del corazón. La sensación corporal más recurrente es el calor interno, muchas veces acompañado de la imagen y sensación del "fuego espiritual", aludiendo a la acción del Espíritu Santo y su expresión en "lenguas de fuego" como en el evento hierofánico de Pentecostés. La intensidad de los sentimientos toma rasgos fuertemente emotivos y manifestaciones psicósomáticas cuando se manifiesta el carisma de la glosolalia, llegándose a orar o cantar en lenguas; se trata de un estado de trance espiritual que se expresa en balbuceos en forma individual y colectiva. Como señala una fiel: "*Cuando oro, siento un calor que*

entra y sale de mi cuerpo, siento gozo, alegría, no cosas amargas, algo que te lleva a hablar, cosas buenas, hermosas, una alegría que no puedo explicarlo”.

Para concluir este largo recorrido por este peculiar sentimiento pentecostal, el sentimiento de entusiasmo experimentado en el bautismo del Espíritu lleva al fiel no sólo a una fuerte experiencia emocional sino también a tener un conocimiento espiritual de las cosas de Dios y a una modificación de su conducta. Quienes han experimentado este sentimiento están convencidos de que es posible conseguir algo que se desea, porque ha intervenido en ellos una fuerza divina que los ayuda a solucionar sus problemas y superar cualquier obstáculo. Esta experiencia marca también un antes y un después en la historia creyente del fiel. El siguiente testimonio de un fiel con una participación larga y comprometida en la iglesia nos da cuenta de su experiencia:

“Cuando fui bautizado por el Espíritu, yo estaba consciente, no perdí la conciencia, tenía el dominio. Como la Biblia dice, que el espíritu del profeta está sujeto al profeta, el espíritu de Dios está sujeto al hombre mismo, uno puede sujetarlo, dominar. Era una sensación de paz, indescriptible, de una mente más limpia, de una convicción más segura que Dios había muerto por mí y había perdonado mis pecados, que de pronto había una especie de paz interna con respecto a la relación con Dios. Ese tiempo había conflicto entre jóvenes, yo era parte de esa juventud y con el pastor. Los jóvenes en ese tiempo ya habían terminado el colegio, queríamos que las cosas se hagan más rápido, que hubiera más emotividad; había discrepancias con la doctrina, incluso había cierto rencor, un poco humano, de pronto eso desapareció. Encima de lo que él podía tener razón o yo tenerla, el fluir esa amistad, ese amor, ese afecto de hermano y respeto de su condición de ministro, y así comencé a tener una nueva actitud. Si había desentendidos en alguna situación administrativa, ahí nomás, pero en asunto personal siempre había amistad. Cosa que sin eso –bautismo del Espíritu– hubiera sido difícil” (varón, profesional, 37 años).

c. El sentimiento de asombro: “como un relámpago penetró en mí”

Ya hemos desarrollado en otro capítulo el papel que tienen las revelaciones en la experiencia religiosa de los pentecostales, y en particular en la experiencia de sanación. Las imágenes y mensajes en la oración tienen un sentido revelador, ya que al manifestarse como algo vívido, se atribuye un carácter real a lo que Dios comunica a través de ellas, y que sirven como prueba de la acción divina y como fuente de interpretación de los acontecimientos personales y sociales. En ese sentido, revelar significa comunicar una “verdad”, hacerla visible para el creyente. El contenido de la revelación –imágenes y palabras– provocan al inicio un sentimiento impactante en la interioridad del fiel que llamamos asombro y pasmo, un sentimiento que posteriormente se transformará en admiración ante lo divino, por lo que Dios revela o hace.

Los conversos que recién comienzan a establecer un trato íntimo con Dios o Jesucristo a través de la oración, experimentan este sentimiento considerado como sorprendente e indescriptible, porque antes no concebían la posibilidad de sentir y percibir corporal y emocionalmente la divinidad que se comunica directamente. Es importante esta sensación corporal que provoca asombro y deja una marca emocional muy fuerte de la presencia divina. Tengamos en cuenta además, que en los cultos se produce un clímax colectivo que hace que lo sensorial sea lo fundamental en las percepciones y sentimientos que experimentan los fieles. El siguiente testimonio nos muestra este sentimiento de asombro por la imagen suscitada durante la oración:

“Cuando yo oro, no puedo orar como debe ser, pero hay momentos que yo me concentro, oro y siento que alguien está tocando mis hombros, eso he experimentado, pero yo veo y no hay nadie; pero seguía agarrando mis hombros, y dije: ‘Dios mío, sí, yo sé que tú vives, por eso que me estás agarrando’. Me puse a llorar, sentí a alguien que está a mi lado. Yo creo que es nuestro padre Señor Jesucristo” (mujer, primaria, 47 años).

El asombro como sentimiento religioso, es experimentado generalmente debido a las visiones o revelaciones que tienen los fieles durante la oración. La mayoría ha visto una imagen de Dios o de Jesucristo⁵, que les comunica algún mensaje, los libera del peligro, o para curarles u operarlos de alguna enfermedad. En estas experiencias surge el sentimiento de asombro, de sorpresa por lo que Dios manifiesta, por lo que obra en las personas, sea en la transformación de sus vidas, en la solución de sus problemas o en las curaciones de sus dolencias. Una fiel cuyo esposo había sido amenazado por un grupo terrorista, vivía temerosa por lo que pudiera sucederle a su esposo, y en medio de esa situación experimenta por revelación un fuerte sentimiento de confianza por lo que Dios le manifiesta en la revelación. Esta confianza es precedida por un asombro intenso, como algo extraordinario que penetra su interior:

“Sentí una voz, como algo extraordinario, una alabanza preciosa. La puerta de mi casa era sólo de triplay, todo eso me daba temor. Oí esa alabanza en mis sueños, después escuché una voz que venía, el techo se abrió, la voz llegó a mí, de Romanos 8,31: ‘si yo estoy con vosotros, ¿quién contra mí?’. Esa palabra llegó a mí como un relámpago, penetró en mí...”. (mujer, secundaria, 43 años)

El sentimiento de asombro por lo general es un sentimiento súbito que viene acompañado de la visión de la imagen de una de las personas divinas y de mensajes pronunciados por ellas. Algunos fieles describen esta experiencia como si hubiera sido un relámpago o rayo fulminante que tocó su interior. También los fieles tienen visiones del demonio, ante las cuales se sobrecogen y continúan orando con mayor intensidad para vencerlo. Como nos relata una fiel cuyo esposo tenía problemas y recurrió a la vigilia de oración para imprecicar al mal que se vaya:

“Un día programamos una vigilia en mi casa. Estábamos muchos hermanos, ahí mi esposo tuvo una visión; él estaba orando, –todavía no era convertido–, yo le estaba cuidando porque estaba un poco mal, en eso yo lo noto a mi esposo que oraba pero asustado, abre los ojos y se para y me dice: ‘he visto salir una serpiente grande’. Yo le pregunté: ‘¿dónde?’, y me respondió: ‘por donde sale agua, por ahí ha salido’. Nos alegramos, y a la hora que levantamos la oración, avisamos a los hermanos: ‘el maligno está escapando, el Señor está con nosotros” (mujer, secundaria, 44 años).

El asombro o espasmo producido en la visión tiene efectos corporales inmediatos, que se manifiestan como sobrecogimiento y estremecimiento con manifestaciones somáticas de sudoración o frío que recorre todo el cuerpo. Este sentimiento suele ser de muy corta duración, y lo que genera es una admiración espiritual hacia Dios por haberse revelado, que el fiel considera como señal de la presencia divina en su vida y que le otorga confianza para vencer la presencia del mal.

d. El sentimiento de humildad: “sin él nada podemos”

La experiencia de las limitaciones de la condición humana lleva al converso pentecostal a sentir a Dios o al Espíritu Santo como alguien mayor, poderoso, que se revela, que obra milagros y sana. Con el sentimiento de asombro y admiración del poder de Dios y el sentimiento de la propia debilidad, surge el sentimiento de indignidad y vergüenza. De la experiencia de anonadamiento ante la majestuosidad divina brota el sentimiento de humildad. Al atribuirse a Dios todo lo bueno que le sucede al fiel y todo lo positivo que existe en el mundo y en la iglesia, se cree en la majestad a Dios, entendido como poder divino, que lo puede todo. Ante este Dios, el hombre se

⁵ En el catolicismo popular los fieles tienen con frecuencia visiones en las que se les presenta

experimenta como pequeño y dependiente, a quien tiene que recurrir para encontrar solución a sus problemas y confiar en su providencia. Como narra el testimonio de un fiel quien considera la dependencia de Dios y la incomprendibilidad de su ser por lo que Dios hace en contraste con las propias acciones humanas:

“No somos nada sin Dios. Yo he experimentado y cada día experimento el cambio en mi vida, el éxito en mi vida, las cosas que Dios va haciendo en mí, en las dificultades, a cada paso, voy experimentando que somos niños. Muchas veces yo le comparo a Dios como yo y mi hijo, aunque no tanto en esa magnitud, que el amor de Dios es tan incomprendible que es como el universo. Si en muchas cosas yo sobrepaso a mi hijo, aún enseñándole muchas cosas y con amor, le comprendo, yo que soy humano con dificultades, con errores y me equivoco, cómo Dios no va a tener misericordia para perdonarnos. Si cuando mi hijo ha errado y me dice papá perdóname, yo le perdono, ya me enojo más, porque inmediatamente cuando yo me enojo parece como si yo si quisiera hacer algo, pero se esfuma rápido como espuma, y le digo a mi hijo ya te perdono, y lo abrazo, y pienso cuanto más Dios hace eso. Estamos en sus manos, sin él nada podemos” (varón, superior, 37 años).

Las invocaciones que se hacen frecuentemente y de modo repetitivo en las alabanzas manifiestan este señorío y majestad divina, pero no son nominaciones elaboradas racionalmente que llevan al reconocimiento de la superioridad divina. Los sentimientos del creyente que se expresan en la enumeración de los atributos divinos brotan de la asimilación de exclamaciones admirativas que destacan el poder de Dios, que han sido aprendidas durante los cultos, pero que el fiel las ha experimentado en su propia existencia. Estas son exclamaciones que están presentes en todas las oraciones, tanto personales como colectivas y forman parte del reconocimiento de la iglesia a la

las imágenes de Dios y sobre todo de Jesucristo por la abundante iconografía existente.

santidad o al poder de Dios: “Gloria a Dios”, “bendito Dios”, “honor y gloria”, “Aleluya”, “Oh Santo”, “Oh Poderoso”, “Oh Maravilloso”, etc. También existen aclamaciones que los fieles elaboran a partir de sus situaciones personales o desde sus propios deseos y que expresan el reconocimiento por la bondad de Dios o sus beneficios: *“Yo sé que tú me amas porque tu amor es grande. Señor te alabo por lo que has hecho por mí; yo vivía así y me sacaste de ahí, me diste nueva vida. Señor yo te amo porque eres grande, te alabo porque eres bueno”*.

El sentimiento de humildad entre los pentecostales se asocia más a la sumisión ante el poder de Dios. Generalmente al inicio de los cultos, durante la adoración, y también en la oración personal, los fieles experimentan este sentimiento debido al reconocimiento del poder de Dios y la conciencia de su propia fragilidad. En muchos casos, ellos mismos señalan que tienen que *humillarse* ante Dios, incluso este acto de sumisión se manifiesta físicamente hincándose de rodillas en tierra, con inclinación de la cabeza, y elevando las manos hacia lo alto.

e. El sentimiento de paz: “Alabando recibimos automáticamente paz”

Los sentimientos de beatitud son experimentados como dicha y felicidad en diferentes aspectos o tonalidades: plenitud, dicha, amor, misericordia, alegría, paz, gozo, placer espiritual, conocimiento interno, deseo espiritual, etc. En estos sentimientos se percibe y siente el misterio divino en su realidad positiva y conforme a su íntima cualidad como algo que proporciona felicidad, como algo que no se puede expresar ni concebir, sino solamente sentir o experimentar.

Podríamos decir que el principal beneficio recibido por los conversos al pentecostalismo es esta paz que parece transformar sus vidas y liberarlas del sufrimiento, en algunos casos parciales o temporales, pero que se ha convertido en un logro en términos emocionales en la práctica espiritual del converso. El creyente sabe que cada vez que se acerque a Dios a través del culto, de la oración o la lectura de la Biblia va a encontrar esta paz que piensa que sólo Dios le puede dar. Muchos fieles al experimentar esta paz, recurren

siempre a Dios en busca de descanso en medio de una vida cargada de frustraciones. Los siguientes testimonios expresan estos sentimientos gratificantes, y que en general, todos los fieles destacan en su experiencia espiritual y en el cambio operado en sus vidas:

“En las alabanzas nosotros sentimos cómo nos entregamos al Señor, y de parte de él recibes paz, tranquilidad, te sientes conforme a su voluntad. El Señor te muestra, puede ser en las alabanzas, tú le dices lo bueno, lo grande que es el Señor; lo alabas como tu Señor y recibes automáticamente paz si te sientes mal” (mujer, secundaria, 49 años).

Los sentimientos positivos que experimenta el fiel pentecostal en su relación con Dios y que Otto generaliza como el sentimiento de beatitud o felicidad, constituyen una disposición susceptible de actualizarse en los contextos de culto y de oración personal. Es decir, se ha generado en estos contextos un *habitus* emocional caracterizado por sentimientos que actúan como un sedante para el fiel cuya situación vital está marcada por el sufrimiento, la enfermedad o la carencia. Los testimonios de los fieles enfatizan que cuando uno se entrega o alaba al Señor recibe automáticamente de Dios sentimientos de valencia positiva.

Estos sentimientos como hemos observado se originan en las experiencias de oración, específicamente durante las alabanzas, las cuales son oraciones de reconocimiento de los atributos de Dios, y de lo que él puede hacer en la vida del fiel. Son sentimientos que se manifiestan con mayor intensidad al inicio de la oración pero que se prolongan en su duración hasta el final de ella, e incluso deja sentir sus reminiscencias durante largo tiempo.

f. El sentimiento de esperanza: “Dios cumple sus promesas”

El sentimiento de esperanza es experimentado como sentimiento de confianza por lo que Dios promete como realización última en la fe. Las imágenes bíblicas se constituyen en iconos de la esperanza para una fe que

confía en la promesa del reino de Dios donde se gozará plenamente de la presencia divina y se superará toda limitación humana. Podríamos decir que este es un sentimiento proyectivo, no porque apunte a un fin racional, sino porque se manifiesta como deseo de algo que experimenta la seguridad de su realización. De ahí que se experimente como anhelo, aliento, impulso, confianza de alcanzar algo que en cierta forma ya se posee.

Los pentecostales tienen entre sus creencias –aunque con una escatología menos “dura” en comparación a otros grupos cuyas creencias escatológicas remarcaban el inminente fin del mundo–, la visión del retorno de Jesucristo. La idea del milenio⁶ y de la pronta venida del Señor para arrebatarse a su iglesia crea la expectativa de fe y la urgencia de la conversión para estar preparados cuando llegue el momento. La esperanza es un sentimiento común entre los pentecostales y que surge en forma sensible en el culto comunitario, en el surgimiento de la *communitas*. Según Rappaport (2001), la participación en los rituales fomenta la alteración de la conciencia partiendo de la racionalidad que presumiblemente predomina durante la vida diaria, y que dirige presumiblemente los asuntos cotidianos hacia estados que, usando la denominación de Otto, pueden ser llamados ‘numinosos’. Este estado numinoso lo considera Rappaport, como un estado de *reasociación*, ya que distintas partes de la psique, que habitualmente se hallan separadas, podrían ser unidas o, mejor dicho, teniendo en cuenta la naturaleza recurrente del ritual, reunidas.

Ya hemos hecho alusión al culto extático de la iglesia pentecostal. Las acciones que realizan los fieles en el ritual como cantar, alabar, gesticular con

⁶ Dentro de las creencias pentecostales, la idea del milenio viene unida a la noción bíblica del Reino de Dios. En la doctrina pentecostal la noción del Reino funciona como polo atrayente y el valor-meta fundamental por el cual la fe y compromiso de los pentecostales se mantiene en tensión escatológica. Por esa razón se coloca énfasis en las prédicas de los pastores y los mensajes en los trabajos evangelizadores en la inminencia de este Reino y la promesa de la vida futura donde Jesucristo reinará con sus elegidos. Para los pentecostales del ámbito rural el sentimiento de la inminencia es sentido con mayor expectación por la intensidad que colocan los pastores para provocar la conversión. Este rasgo del fin inminente es característico de los movimientos milenaristas que enfatizan la idea del juicio y el temor como incentivo para la conversión, pero que al mismo tiempo, la idea del "pronto" mantiene una ambigüedad que hace que la urgencia escatológica coexista con un concepto de milenarismo borroso.

las manos, responder al unísono, etc., no representan simplemente un símbolo de unión entre los fieles. Todas estas expresiones realizadas durante el ritual comunitario significan reunirse en la reproducción de un orden más amplio. Como señala Rappaport:

“El unísono no simboliza únicamente ese orden, sino que lo indica así como indica su aceptación. Los participantes no sólo comunican unos a otros lo referente a dicho orden, sino que establecen una comunidad en él. En suma, el estado de comunidad experimentado en los rituales es, al mismo tiempo, social e individual. De hecho, incluso, la distinción entre lo social y lo individual se abandona e incluso desaparece, convirtiéndose en un sentimiento general de unidad con uno mismo, con la congregación o con el cosmos” (2001: 315).

Pero la esperanza definitiva es sentida y vivida también como esperanza del "aquí y ahora", como el sentimiento confiado de que Dios ayuda a resolver los problemas y las adversidades de índole personal y social. En su sentido secular la esperanza es un sentimiento que anticipa la prosperidad, está relacionada al deseo, puesto que se espera lo deseable. Marina y López (1999: 234) señalan que, *“puedo sentir esperanza hacia algo y esperanza hacia alguien. En el primer caso tengo una cierta seguridad de que lograré lo que deseo, bien por mi esfuerzo o bien por la marcha de las cosas. En el segundo caso, mi seguridad se basa en la ayuda, colaboración, promesa dada por otra persona”*. En ese sentido, la religión en general y el pentecostalismo ofrecen una perspectiva de esperanza cuando Dios responde a los deseos más íntimos del creyente. El siguiente testimonio de un fiel con estudios superiores y cargo directivo en la iglesia, nos permite ver cómo la esperanza pentecostal no sólo está relacionada con el sentimiento de *communitas*, como anhelo de la venida del Reino de Dios, sino también en los beneficios que Dios otorga en señal del cumplimiento de su promesa, y realización de la esperanza del fiel:

“Las promesas de Dios que yo le he pedido las sigo esperando, pero yo creo que ya se han cumplido, pero en el tiempo se va a dar, eso es real. Y en muchas cosas, en pequeñas cosas, Dios va revelando que sus promesas son reales. Hay momentos por el trabajo que ya se cortó, yo no veía recursos, y pensaba: ‘ahora, ¿cómo hacemos?’. Yo decía: Señor ayúdanos, tú nos has dejado a tu Hijo. Mil formas Dios utilizó para proveernos ese día y para saciarnos a mí y a mis hijos, y en esas circunstancias todas sus promesas hemos experimentado que son reales. Si el cristiano piensa: ‘no sé si Dios me cambiará’, eso es lo peor que hace doler el corazón de Dios, la falta de fe es lo peor, y eso muchas veces lo pude experimentar yo y mi hijo, y es más fácil entender la palabra de Dios. Si le digo a mi hijo que le voy a dar y me insiste, –no seguro que no me vas a dar–, a uno ya le molesta. Yo sé que le voy a dar, pero mi hijo no me está creyendo, entonces es molestia. Pero si mi hijo me dice, ya papito me vas a dar, y está esperando y llega el momento y me hace recordar, y digo, sí y toma. Yo como padre me olvido, pero el Padre celestial jamás se olvida, y simplemente me da; en todo tiempo y momento hay que confiar de que hemos recibido de Dios”.

La esperanza pentecostal está vinculada con las peticiones que hace el fiel pentecostal, en la oración personal y en el culto. Se pide por uno mismo, por la familia, por las necesidades de índole material y espiritual, por la edificación de la iglesia, etc. Lo fundamental es la certeza del cumplimiento de Dios de lo pedido. En ese sentido, la esperanza pentecostal tiene este carácter terrenal, de los bienes que por la fe se esperan alcanzar o ya se cree poseer por la acción de la providencia de divina. Hay que distinguir la esperanza del *optimismo*, ya que, según Marina y López (1999), el optimismo designa una propensión a ver o esperar mejor las cosas, como un rasgo del carácter que puede contribuir a generar el sentimiento de esperanza, pero sin confundirse con él. El siguiente testimonio nos habla de la certeza de lo que se puede recibir por la esperanza puesta en Dios:

“Yo he recibido salud física, pero también salud mental. Tuve un tiempo muy difícil, tuve una especie de trastornos psicológicos, Dios a la luz de su palabra me ha sanado. He dispuesto, el Señor me metió en un trabajo en Huancavelica, yo estaba apartado de mi esposa que estudiaba aquí, y la Biblia me dice que no podía estar muy lejos de ella, o ella se viene a mí o yo voy a ella, y aquí vine y me dieron un trabajo con un proyecto, pero después también requería tiempo para hacer muchas cosas, tal vez me estaba alejando porque el proyecto era distante, no me permitía y pedí al Señor que me ayude de otra forma, y me dio para hacer cátedra en un instituto pedagógico más accesible. Pero yo no me sentía realizado en esa área, pero he sentido que mi área es empresarial, gerencial, hacer esto, tener esto, para hacer esto, veo las muchas necesidades, qué puedo hacer por ellos; eso es lo que le he pedido a Dios, y sé que él me lo ha dado y en el tiempo eso se va a cumplir, yo ya lo veo realizado porque eso es lo que me gusta a mí, esa es una vocación pero en el tiempo que yo le he pedido Dios me está dando muchas cosas”. (varón, profesional, 37 años)

En conclusión, el sentimiento de esperanza pentecostal presenta un doble aspecto: primero, como *communitas* del ritual comunitario, es decir, como unificación a través de la participación de los fieles y que puede estar simbolizado en la imagen escatológica del Reino milenario de Cristo; y segundo, como cumplimiento terrenal de las promesas de Dios que responde a los deseos del creyente. Ambos tipos de esperanza guardan estrecha relación, ambos surgen durante el rito, personal o comunitario, y en ese contexto se experimenta de modo sensible e intenso, pero continúa presente en la estructura afectiva y cognitiva del creyente como una disposición habitual susceptible de actualizarse en los contextos que apelan a la confianza y esperanza del fiel. En ese sentido, resulta difícil señalar cuándo cesa este sentimiento, ya que uno de sus efectos principales se manifiesta en las acciones que emprenden los fieles con la seguridad que Dios va a llevar adelante sus deseos, aun en las circunstancias más adversas.

3. La génesis de las emociones pentecostales

Nos interesa analizar en este acápite cómo se constituyen las emociones pentecostales. La descripción de las emociones pentecostales que hemos realizado nos ha permitido constatar la peculiaridad de los rasgos mentales de los conversos, y cómo estos rasgos se expresan en términos de emociones intensas cuyas propiedades básicamente se refieren a la descarga o catarsis de sentimientos de valencia negativa asociados a la pérdida o ausencia vital de sentido, los cuales tienen que ver con las condiciones de vida, actitudes y comportamiento de los conversos –enfermedad, conflictos familiares, conducta inmoral, etc.– dando lugar a sentimientos de valencia positiva que el converso cree recibirlos directamente de Dios en los contextos rituales o simbólicos de la práctica pentecostal tanto personal como colectiva.

En los contextos significativos de la sanación, la oración o específicamente el canto que forman parte del sistema pentecostal, y que hemos caracterizado básicamente como un sistema cultural, se modelan las disposiciones emocionales de los conversos. Estos ritos practicados individual y colectivamente son emocionalmente lo suficientemente expresivos para captar el ánimo del converso en cualquier estado existencial y emocional en que se encuentre, de tal modo que el ritual comunitario modifica o transforma las emociones hacia una polaridad significada bíblica y teológicamente⁷. Se

⁷ Decimos teológicamente en el sentido más simple o amplio, aunque mejor sería hablar en este caso en términos de creencia en el sentido de una actitud de confianza o abandono que nace de la fe en Dios a través de algún signo, palabra bíblica o predicación. Como bien ha señalado Manuel Marzal (1988) el cuerpo doctrinal de los grupos evangélicos está caracterizado por una “fácil teología”, donde se aceptan las creencias tal como sucede en la aceptación de los mitos, donde pesa más lo emocional que lo intelectual. Tengamos en cuenta que la mayoría de fieles son analfabetos o tienen estudios primarios, y además provienen en su mayoría del ámbito rural y del catolicismo popular, cuyos rasgos cognoscitivos y relacionales están arraigados en vertientes intuitivas y emocionales, y no tanto en dimensiones lógico-racionales. A pesar que existe un número cada vez mayor de estudiantes con instrucción superior y profesionales convertidos, si bien es cierto van asumiendo lecturas más críticas del compromiso pentecostal respecto a la realidad, no se percibe una problematización de algunas predicaciones que rayan con visiones fundamentalistas de la realidad y a veces fantasiosas respecto a la escatología.

crea que efectivamente Dios cumple su palabra al hacer sentir en el corazón del fiel pentecostal alegría, gozo o paz.

Si bien es cierto, la variedad de emociones experimentadas por los pentecostales también se encuentra en otros grupos religiosos, incluso el católico, ésta presenta sus diferencias debido al sistema religioso particular. Por otro lado, la diferencia entre sentimientos religiosos y aquellos que no lo son está en el objeto hacia el que tienden, como bien nos ha recordado William James (1986: 32):

“Cuando pretendemos utilizar el término ‘sentimiento religioso’ como enunciado colectivo para todos los sentimientos que los objetos religiosos pueden provocar alternativamente, vemos que con toda probabilidad no contiene psicológicamente nada de una naturaleza específica. Existe el temor religioso, el amor religioso, el miedo religioso, la alegría religiosa, etc., pero el amor religioso tan sólo es la emoción natural del amor humano dirigida hacia un objeto religioso... Como los estados de ánimo concretos, constituidos por un sentimiento más un tipo específico de objeto, las emociones religiosas son obviamente entidades psíquicas diferenciables de otras emociones concretas, pero no fundamento cierto para suponer que una simple ‘emoción religiosa’ abstracta exista por sí misma como una afección mental elemental distinta, patente en cada experiencia religiosa sin excepción”. (el subrayado es nuestro)

El mismo argumento hecho por James nos permite diferenciar entre la variedad de sentimientos religiosos, aquellos que son peculiares de un colectivo cuyo campo religioso como el pentecostal, le da una significación diferente a la amalgama de emociones experimentadas por sus fieles. En ese sentido, las emociones religiosas se significan y los significados vienen cargados emocionalmente, o lo que es lo mismo, a través de las prácticas pentecostales los signos o símbolos religiosos provocan determinadas emociones con sus tonalidades particulares, su forma cultural y las

consecuencias que trae consigo este modo de sentir la divinidad. En resumen, las emociones religiosas son cultural⁸ o simbólicamente configuradas por el campo pentecostal, en la medida que el converso participa y entra en un proceso de identificación con este campo.

Geertz (1973) distinguía entre motivación y estado de ánimo, consideraba que el primero es una disposición o propensión para realizar determinado acto, y el segundo, un sentimiento provocado por un símbolo sagrado. Ambos varían según la circunstancias y los símbolos que estén presentes, y se diferencian en que la motivación tiene una dirección y es más duradera, mientras que los estados de ánimo sólo son escalares y aparecen y desaparecen sin causa previsible. En ese sentido, nos parece que la idea que sostenemos acerca de la constitución de la identidad pentecostal, formada a partir del *habitus* pentecostal, implica estas disposiciones que Geertz denomina motivaciones y estados de ánimo. Las motivaciones están dirigidas u orientadas hacia aquello que es significado en el campo pentecostal y que constituyen los bienes simbólicos de la salvación, y estos mismos bienes simbólicos contribuyen a producir y reproducir estados de ánimo en las circunstancias que les han dado nacimiento. De ahí que el trabajo del antropólogo o el observador consista en interpretar las motivaciones por sus realizaciones, y las emociones por las fuentes que los generaron.

La conjugación de las motivaciones y estados de ánimo presentes en las acciones pentecostales y que son significadas por la economía simbólica pentecostal vendría a conformar los que Geertz denomina la “perspectiva religiosa”. Esta perspectiva se genera fundamentalmente en el ritual

⁸ Como ejemplo, aunque no religioso exactamente, puede considerarse la diferenciación de emociones que grafica Renato Rosaldo en su etnografía testimonial sobre los ilongotes (1991), comparando la ira ilongote y la ira que él experimentó ante la muerte absurda de un ser querido cuando hacían el trabajo de campo. La ira en la aflicción profunda que podía sentir un ilongote era disipada a través de la cacería de cabezas, –actualmente no se hace por prohibición marcial y es superada con la conversión al cristianismo. Tales sentimientos son diferentes, como señala el mismo Rosaldo (1991: 22): “*la ira ilongote y la mía se traslapan, más bien como dos círculos en parte sobrepuestos y en parte separados. No son idénticos, a pesar de que*

comunitario pentecostal, por esa razón hemos caracterizado el pentecostalismo como una religión cultural. Como señala Geertz:

“Es en el rito –es decir, en la conducta consagrada– donde esta convicción de que las concepciones religiosas son verídicas y de que los mandatos religiosos son sanos se genera de alguna manera. Es en alguna clase de forma ritual –aun cuando esa forma sea tan sólo la recitación de un mito, la consulta de un oráculo o la decoración de una tumba– donde los estados anímicos y motivaciones que los símbolos sagrados suscitan en los hombres y donde las concepciones generales del orden de la existencia que ellos formulan para los hombres se encuentran y se refuerzan los unos a los otros. En un acto ritual, el mundo vivido y el mundo imaginado, fusionados por obra de una sola serie de formas simbólicas, llegan a ser el mismo mundo y producen así esa idiosincrática transformación de la realidad... Cualquiera que sea el papel que desempeñe la intervención divina en la creación de la fe –y no corresponde que los científicos se pronuncien sobre estas cuestiones de una manera o de otra–, primariamente por lo menos la convicción religiosa aparece en el plano humano partiendo del contexto de actos concretos de observancia religiosa” (1973: 107).

Decíamos que las disposiciones emocionales forman parte del *habitus* pentecostal, y no sólo los esquemas cognitivos. Las disposiciones se activan unas veces con mayor peso que las estructuras cognitivas, y otras veces sobre la base de las emociones, aunque nunca una de ellas deja de estar presente cuando predomina la otra. Rosaldo (1991: 104) señala que *“pensamiento y sentimiento son inseparables; no son opuestos, como el entendimiento y el afecto, la razón y lo irracional. Las ideas se sienten, y los sentimientos se conciben. Estas formas, cuyas partes relacionadas se hallan en tensión, pasan por una transición entre experimentarse de manera privada y ser reconocidas*

existen similitudes, las diferencias importantes en tono, forma cultural y consecuencias

de manera social". En ese sentido, Rappaport (2001: 531) señala que, "en la experiencia religiosa en general, los sentimientos, emociones y presentimientos no discursivos aprehenden, envuelven o impregnan objetos del pensamiento discursivo".

Ampliando la noción de *habitus*, habría que decir que éste consiste en una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones, pero también de emociones cuya tonalidad y expresión han sido internalizadas –habitan en el cuerpo o son incorporadas– y que pueden ser actualizadas en los contextos que las han generado. Lo que predomina en el *habitus* pentecostal son estas disposiciones emocionales que hemos descrito, más que el conjunto de definiciones doctrinales o normativas. Tal vez, podríamos matizar esta aseveración respecto a aquellos fieles que poseen un grado de instrucción mayor y una formación bíblica más amplia, pero aún así, éstos también comparten las formas emocionales de vivir lo pentecostal.

Pero las emociones pentecostales no se han generado de la nada, a través del proceso de conversión se ha producido una modificación del *habitus* pentecostal, en el sentido de una nueva resignificación de la vida. La incorporación del fiel dentro del campo pentecostal implica la aceptación del nuevo sistema simbólico con el que se interpreta la vida y se reproducen las acciones, y cuyo capital está en la salvación ofrecida y mediatizada a través de la breve doctrina pentecostal, y sobre todo en el campo de emociones que el converso puede experimentar e incorporar en sus prácticas religiosas.

El campo de las emociones no es algo nuevo para el converso, quien ya experimentó las infrecuentes emociones que le propiciaba el catolicismo popular del que proviene, pero que ahora va aprendiendo a sentir las de modo intenso y constante por las marcas de las emociones "institucionalizadas" que deja el culto en los cuerpos de los fieles. En ese sentido, hay una continuidad con las anteriores prácticas religiosas de los conversos, en términos de vivir lo religioso caracterizado por los rasgos emocionales de la fe popular, pero cuyas manifestaciones radicaban más en las disposiciones existenciales de los

sujetos⁹. En cambio, con las prácticas pentecostales, se suscitan las marcas emocionales anteriormente descritas, las cuales constituyen la prueba y confirmación de la presencia y ayuda divina. Estos sentimientos son “emociones pentecostales” o “emociones institucionalizadas por el pentecostalismo”.

4. A modo de conclusión: Emociones y configuración de la identidad pentecostal

Para concluir este capítulo, quisiéramos hacer unas reflexiones en torno al tema de la identidad y el lugar que tienen las emociones en la configuración de ésta. Hemos venido sosteniendo que las emociones religiosas son parte fundamental de la identidad pentecostal, y que estas emociones están ya presentes desde el inicio de la experiencia de conversión por su intensidad, y que luego el mismo fiel irá incorporando a medida que se involucre en el campo pentecostal y con ello consiga conformar su *habitus*.

En primer lugar, las emociones configuran la identidad, porque éstas son aprendidas en los procesos de socialización religiosa a través de la participación en el culto, de modo que van conformando un *habitus* pentecostal como disposiciones estructuradas emocional y cognitivamente que modelan la fe del fiel y generan las prácticas pentecostales. En segundo lugar, las emociones experimentadas en el ritual, sirven al fiel como soporte emotivo y señal de confirmación de la presencia divina que le permite tener la confianza de que Dios no sólo interviene en su vida sino que también se hará presente en las circunstancias difíciles o adversas que le toque enfrentar. Esta forma de experimentar la divinidad, le concede al fiel la seguridad emocional para dirigir sus acciones con algún fin determinado. En tercer lugar, los fieles que han

⁹ Marzal al caracterizar el catolicismo popular lo califica de ser un sistema religioso sociológico, sacral, sincrético, mítico y emocional. Respecto a este último rasgo señala que si bien los católicos populares tienen una vivencia profunda aunque conozcan poco o ignoren por completo muchas verdades, ritos y normas de la iglesia, también es con frecuencia para ellos

tenido la experiencia de sentir la presencia de Dios y su intervención directa y personal en sus vidas, se sienten movidos a comprometerse con las exigencias de la iglesia porque en esa medida perciben que pueden seguir obteniendo los beneficios de Dios y alcanzar los bienes de la salvación.

Un reciente trabajo de sociología religiosa de Paulo Barrera (2001) estudia la Iglesia Pentecostal “Dios es Amor” (IPDA) en el Perú y Brasil y la Iglesia Metodista “El Aposento Alto” (Iemaa), también peruana. Nos interesa destacar la tesis de Barrera para contrastarla con nuestros análisis. El autor hace su análisis desde la sociología del poder religioso para señalar que la reproducción de la religión en las iglesias protestantes se fundamentó en la tradición, mientras que las iglesias pentecostales contemporáneas se basaron en la emoción religiosa. Este cambio sería la explicación del surgimiento de nuevas identidades religiosas difusas, como señala Barrera:

“La destradicionalización de la religión tiene implicaciones importantes en la construcción de las identidades religiosas, actualmente son más frágiles y precarias. Son identidades fluctuantes, itinerantes y de corta duración, como la propia memoria religiosa contemporánea” (2001: 275).

El trabajo de Barrera tiene muchos aciertos al graficar los cambios en la construcción de la identidad religiosa, entre ellos señalar que los cultos de las iglesias pentecostales se caracterizan por las ofertas compensatorias de los bienes de salvación como respuesta a la marginalidad social y económica; la legitimación de la iglesia por la emoción que provoca al reeditar el evento Pentecostés, no como un rito único sino como un evento siempre nuevo; el énfasis puesto en el éxtasis religioso del culto frente a la transmisión de la verdad religiosa. Estas y otras afirmaciones, llevan a Barrera a concluir que las identidades religiosas que construye el pentecostalismo son frágiles y precarias.

más un “sedante” emocional de los problemas que una “problematización” crítica de sus

No hay duda que el paso de la tradición a la emoción es un cambio que caracteriza la experiencia religiosa, aunque hay que señalar que no se tratan de cambios radicales que nieguen totalmente lo anterior. Consideramos que las conclusiones que señala Barrera son ajustables al tipo de iglesia pentecostal que él estudia, teniendo en cuenta que el IPDA es considerada por las demás iglesias pentecostales como una “secta”. Algunos autores prefieren denominar a este tipo de iglesia como neo-pentecostalismo o pentecostalismo autónomo, esto revela la diversidad de grupos pentecostales, que deberíamos tener en cuenta, independientemente de estas clasificaciones, para poder matizar los análisis en función de las etnografías que hacemos.

Por otro lado, si bien es cierto que existen fieles que han experimentado la intervención de Dios en sus vidas a través de la curación o la solución de sus problemas, y que luego no han continuado en la iglesia, esto no significa que las identidades religiosas sean precarias. En la mayoría de las iglesias hay peregrinaje, pero también existe un núcleo de conversos que son incorporados a la iglesia por métodos de seguimiento que realizan los mismos fieles ya comprometidos. Hemos señalado, además, que la solución de la enfermedad o cualquier problema, constituye un catalizador para el proceso de conversión y entrega en la iglesia.

Todas las iglesias pentecostales ponen énfasis en el aspecto emocional, pero no todas descuidan el aspecto doctrinal e institucional. En la IEPA hay un culto doctrinal, la prédica en todos los cultos abarca la mitad de tiempo de lo que dura todo el culto, existe una escuela dominical que instruye a los niños en la doctrina y conocimiento de la Biblia, y además, cuenta con un instituto de formación bíblica para la región. De ahí que, la identidad pentecostal no sea frágil y precaria, al no estar basada únicamente en las emociones, sino cimentada en el *habitus* pentecostal. Esto significa que, si bien puede haber un acento en el aspecto emocional, la reproducción de las prácticas de los conversos están estructuradas y orientadas por las emociones y representaciones pentecostales.

BIBLIOGRAFÍA

BARRERA RIVERA, Paulo

2001 *Tradição, Transmissão e Emoção Religiosa. Sociologia do protestantismo contemporâneo na América Latina*. São Paulo, Ed. Ohlho d'Água.

1997 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1994.

GEERTZ, Clifford

1973 *La interpretación de las culturas*, México, Ed. Gedisa, décima edición.

HERNÁNDEZ, Harold

1999 "La espiritualidad pentecostal y las razones psicosociales de la conversión". En: *Revista Teológica Limense. Vol. XXXIII – Nº 3*, Lima, 351-366.

JAMES, William

1985 *Las variedades de la experiencia religiosa*, España, Ed. Península, 1902.

KAPSOLI, Wilfredo

1994 *Guerreros de la oración. Las nuevas iglesias en el Perú*, SEPEC, Lima.

LUTZ, Catherine A.

1988 *Unnatural emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll & Their Challenge to Estern Theory*, Chicago, The University of Chicago Press.

MARINA, José Antonio y López Penas, Marisa

1999 *Diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama.

MARZAL, Manuel

1988 *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima*, Lima, PUC.

OTTO, Rudolf

1917 *Lo santo. Lo racional e irracional en la idea de Dios*, Madrid, Revista de Occidente, 2ª ed., 1965.

RAPPAPORT, Roy A.

2001 *Ritual y religión en la formación de la humanidad*, Madrid, Cambridge University Press, 1999.

ROSALDO, Renato

1988 *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, México, Editorial Grijalbo.

VELASCO, Juan M.

1999 *El fenómeno místico*, Valladolid, Ed. Trotta.